

CLARÍN COMPANIA

FUNDACIÓN "EL POBRE DE ASIS"

# Comida, remedios y afecto para 150 personas que viven en la calle

Un grupo de voluntarios ayudó a los más desprotegidos en una casa de Belgrano • Es el centro "Padre Carlos Mugica", donde sirven 3.500 almuerzos por mes • Quieren formar una bolsa de trabajo

HERNAN FIRPO

Las necesidades, dice, "fueron modificándose a fuerza de realidad". La frase corre por cuenta de Víctor Russo, profesor de música y uno de los encargados de la fundación "El Pobre de Asis", un centro de asistencia al indigente que hace dos años inspiró la creación del comedor "Padre Carlos Mugica".

Signados por una suerte de culto al movimiento continuo, la fundación se traduce en un programa solidario que hace eje en los almuerzos, pero también se ocupa de la entrega gratuita de medicamentos y la provisión de ropa para los sin techo.

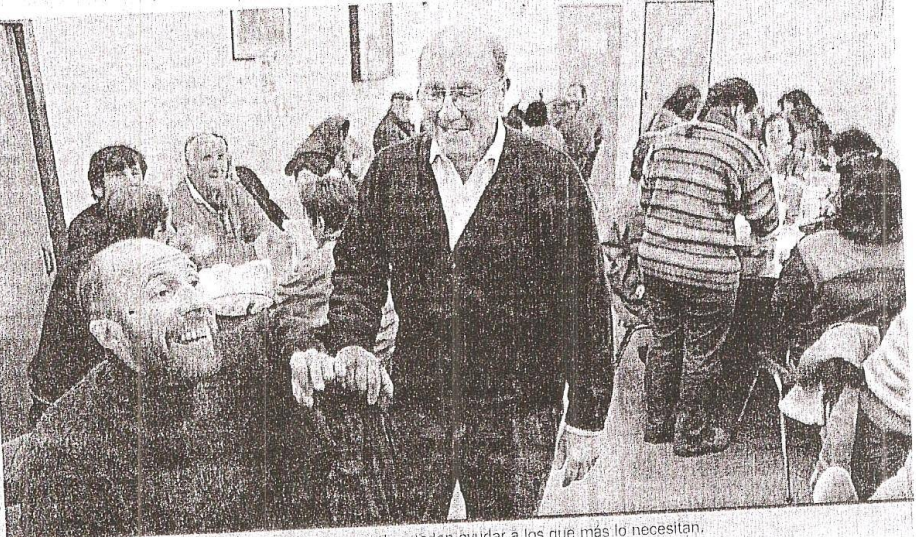
Así, la gente sin recursos se acerca al caserón ubicado en el barrio de Belgrano (Ituramonté 2791) y es recibida por un grupo de voluntarios que, por algunas horas, dejan a un lado sus rutinas para aportar experiencia y buena voluntad. Hay enfermeras, psicólogos, médicos. Abnistas de distintas disciplinas.

"La finalidad es recuperar gente de la calle y reinserirla socialmente", resume Miguel Mugica -hermano de Carlos, sacerdote que fue asesinado en mayo de 1974 por la Triple A-. El es otro de los fundadores. "Hay tanta miseria -piensa en voz alta- que nos cuesta saber cuál será nuestro techo".

Entre otros proyectos, en un futuro inmediato quieren crear un hogar de noche para darles techo "a los que no tienen nada".

Aunque ahora la actividad está volcada de lleno a la beneficencia, Russo y Mugica habían concebido la casa de Belgrano para fines más bien culturales. Pensaban crear una sala de conferencias orientada a lo social y realizar ciclos con figuras "como, por ejemplo, Dalai Lama", sostienen.

"Pero pronto nos dimos cuenta de que la necesidad era otra y empezamos a organizar almuerzos para unas 10 personas. La falta de trabajo y las deficiencias del sistema hacia los más desprotegidos son el motor para la búsqueda de soluciones", señala Mugica.



ALEGRIA. Es la que sienten Mugica y Olmedo cuando pueden ayudar a los que más lo necesitan.

Una tarde llegó un joven con una receta: necesitaba medicamentos para el sida "y entonces se pasó a otro terreno. Nos conectamos con varios laboratorios y algunos, actualmente, hacen donaciones periódicas", dice Mugica. El caserón tipo PH recibe gente de lo más heterogénea. Puede que la mixtura tenga algo que ver con la ubicación del hogar. Hay alfabetos, profesionales, familias numerosas o gente que nunca supo lo que era tener una casa.

Un miércoles cualquiera, el salón comedor, coronado por una enorme imagen de la Virgen de Luján, empieza a moverse desde temprano. Una mujer ofrece mate cocido a los recién llegados; en las mesas hay jarras con agua y las paredes del comedor ya se pintan con olor a guiso de lentejas.

Jorge Olmedo, de 23 años, sonríe. Allí se siente como en la casa que nunca tuvo pero imagina lejos de la ciudad, en San Martín de los Andes. "Me estoy recuperando de una meningitis. Vengo a desayunar, almorzar y me voy bien tarde". Vive en la calle desde hace cuatro años, aquí y allá, en estaciones de tren o plazas.

"Estuve internado en el Muñiz y mi vieja ni se hizo cargo. La única persona que me visitaba era una voluntaria de acá". Después, Jorge se llevó una bolsita, los medicamentos que Russo le consiguió.

"Ponete las pilas: tomalos", le pide Russo antes de retirar los platos de las mesas.

Dicen que el 90% de los jóvenes que pasan por ahí tiene una historia de adicción y que "de algún modo, somos su familia. Les damos afecto, tratamos de conducirlos; básicamente, los tratamos como personas", apunta Mugica. La fundación inventó un sistema de préstamos para actividades laborales ("Bank-It") y piensa promover una bolsa de trabajo.

"Hay mucha gente que tiene posibilidades de arreglárselas haciendo ventas callejeras. Les prestamos unos pesos para que los devuelvan en cómodas cuotas y, claro, sin intereses", explica Russo, que invirtió su prioridades y ahora da clases particulares de música cuando la fundación le deja un rato libre. Quien desee colaborar, puede llamar al: 4780-1568 y 4786-5958.